



NUM. 46. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 15 DE NOVIEMBRE DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



la altura de civilizacion que vamos alcanzando, no es extraño que al hombre de la naturaleza sustituya con el tiempo al hombre del arte, y mas con los nuevos inventos y máquinas de destruccion que se van poniendo en juego. La guerra de los Estados-Unidos de América que tan gigantescas proporciones ha tomado, asi como ha dado ocasion á las maravillas de los buques coraceros y de los cañones que arrojan balas de 100 y 200 libras de peso, á distancias á que no alcanza la vista, ha dado tambien motivo al perfeccionamiento de los medios mecánicos para reponer en lo posible los miembros que una bala hace saltar del cuerpo de un hombre. La elaboracion de brazos y piernas artificiales ha tomado con este motivo un gran desarrollo; y no dudamos que si continúa la guerra se han de hacer considerables adelantos en este ramo. Uno de los géneros de esportacion, que, segun las relaciones de los aduaneros, tiene mas consumo hoy en la América del Norte, es el de miembros artificiales; y segun las últimas noticias, los pedidos escuden considerablemente á la oferta. Véase cómo la guerra viene á proteger ciertas industrias. ¿Qué dirán á esto los filántropos? Añadiremos, por si puede servir de algo á los fabricantes, que en el ramo de brazos y piernas es en el que mas se despacha, habiéndose advertido una singularidad, y es que hay mayor consumo de los extremos correspondientes á la parte izquierda del cuerpo que de los que pertenecen á la derecha. Por cada brazo derecho que se vende, se despachan ocho izquierdos, indicacion que no debe perderse de vista al hacer los envíos. Dentro de poco la nacion norte-americana va á ser una nacion enteramente artificial, que si no marcha á su des-

lino con pies de plomo, á lo menos marchará con paso mas lento que de ordinario. En cuanto á las manos no les andarán mal, si están bien hechas, y si les andan mal, no será culpa suya, sino del artífice. Creemos que tambien necesitarán de algunos ojos de cristal para reemplazar á los perdidos; pero en este género de fabricacion, hay que tener mucho esmero porque un descuido del artista, podria hacer que la nacion norte-americana ó por lo menos su gobierno y sus generales mirasen con malos ojos precisamente á los amigos que mas apreciases. Mas vale que miren con buenos ojos á aquellos á quienes no puedan ver.

Todavía no se ha inventado el medio de reemplazar las cabezas y los corazones, y es lástima, porque si bien en algunos casos se perderia mucho en el cambio, en otras ocasiones la ganancia seria evidente. ¡Cuántos hombres serian unos santos si les pusieran una cabeza y un corazon nuevos! Y si el arte adelantaba, que si adelantaria, hasta hacerlos de la clase y calidad que se pidieran, este seria un medio de trasformar la humanidad en poco tiempo. Es verdad que algunos hombres de corazon, mas de una docena sin duda alguna, no querrian perder el suyo; pero otros que no le tienen hallarian gran ventaja en ponerse uno, al paso que los que le tienen gastado, carcomido ó ulcerado, ya en sus aurículas, ya en sus ventrículos, se alegrarian de poder reemplazar este mueble inútil por otro nuevo y hecho de encargo. Lo mismo decimos de las cabezas: todas las malas cabezas, cabezas redondas, calaveras, calabazas, los que tuvieran los cascos á la gineta, los dementes, los mentecatos, los imbéciles, los calvos, los mas ó menos desorejados, todos podrian hallar su remedio en las nuevas combinaciones. No hay que desconfiar de los progresos de la época: quizá llegaremos á poder mudar de cabeza, de corazon y de cuerpo, como ahora nos mudamos de camisa. Entre tanto procure conservar cada cual lo que le haya cabido en suerte y mejorarlo ó enmendarlo si es posible.

El lunes último se verificó la inauguracion del ferrocarril de Palencia á Leon. Reciban nuestra cordial y sincera enhorabuena los leoneses, con quienes desde una fecha ya remota nos une gran simpatía. Invitados por la empresa una multitud de hombres importantes (y al decir importantes, dicho está que no fuimos de los invitados), partieron de Madrid el dia 7 por la noche, para asistir á la inauguracion; y al amanecer del 8 llegaron á Palencia, donde fueron cumplimentados por las autoridades y corporaciones de la capital. Desde la

hora de llegada hasta las diez de la mañana, descansaron los espedicionarios en los alojamientos que se les tenian preparados, y á las diez se les sirvió un almuerzo, que como era de esperar, fue espléndido, porque estas cosas ó no se hacen ó se hacen con esplendidez. Despachado este vital asunto, se formó un tren de trescientas personas, que inmediatamente se puso en marcha para Leon, á donde llegó á las tres de la tarde. La estacion de Leon, la mas bella de toda las de España, estaba adornada y como vestida de fiesta. En frente del edificio se levantó un rico dosel; y ante un altar colocado debajo se cantó un solemne *Te Deum*. En seguida, como ya la hora era un poco avanzada, se dirigieron todos á comer. La empresa obsequió á los espedicionarios, aumentados ya hasta cuatrocientos, con un banquete, en que hubo brindis de todas clases. Entre estos brindis el mas notable fue el del señor Bravo Murillo: brindo, dijo, porque en la línea que hoy se abre no ocurran las desgracias, percances, descarrilamientos, hundimientos, etc., etc., que han ocurrido en otras. Amen, amen, amen, repitió la concurrencia y lo mismo decimos nosotros adhiriéndonos cristianamente á este brindis.

Al siguiente dia los convidados de Madrid volvieron á Palencia, donde se les obsequió por los palentinos con un baile en el Casino, y el martes entraban de vuelta en esta capital con toda felicidad.

De un momento á otro se espera en la corte á los embajadores annamitas que están ya en Alicante. Vendrán acompañados del brigadier Palanca, que tanto se distinguió en la guerra de Cochinchina, y que es el natural introductor y presentador de estos nuevos huéspedes. La comitiva de estos, dícese que se compone de catorce personas, todas naturales del imperio de Annam. Buena ocasion para que alguno se quede y nos enseñe el idioma cochinchino, que dicen es muy músico y muy gracioso.

El jueves hizo su primera salida en la *Sonámbula*, la célebre Adelina Patti. El teatro estaba lleno y hay pedidas localidades para no sabemos cuantas representaciones. La Patti obtuvo grandes aplausos, granjeándose desde su aparicion en la escena el favor y el entusiasmo públicos. Feliz garganta la de este ruiñeñor femenino, que justificaria el aumento de precios decretado por la empresa, si este aumento hubiese sido proporcional á la importancia de cada localidad. La Patti cantará además de la *Sonámbula*, en *Martha*, en la *Traviata*, *Lucia*, é *Il Barbiere*.

En el Príncipe se ha estrenado en esta semana el *Mundo por dentro*, del señor Rico y Amat. Ha tenido buen éxito. No así el *Arte de ser feliz*, comedia en tres actos, representada en el Circo. Al público no le ha gustado la lección de ser feliz que le da el autor en su arte. Sin duda, ó él se lo tiene sabido, ó el arte no da los resultados que el autor se propuso. Es muy difícil componer un arte de ser feliz, y todavía lo es más aprovecharse de las reglas del tal arte. En el mismo teatro del Circo se ha representado el miércoles por primera vez la piececita *Pobres mujeres!* Su autor don Enrique Gaspar, fue justamente aplaudido y llamado á la escena. Merece verse esa linda comedia; aconsejamos al público que la vea, y será feliz.

Y ya que hablamos de hallar la felicidad, referiremos para terminar una anécdota que pueden ustedes suprimir señores lectores, si les parece traída por los cabellos. Es el caso que un marido que no era feliz con su mujer y quería aprender el arte de serlo sin ella, consultó sobre este punto á un amigo suyo artista.—Lo que debes hacer, dijo el interrogado, es desembarazarte de tu esposa de un modo que te produzca beneficio sin detrimento de la honra.—¿Y cómo?—Muy sencillo: envíala á Alar del Rey por el ferro-carril del Norte. La perderás y tendrás derecho á indemnización.—¿Y quién me asegura?...—Hombre, se acaban de perder cinco mil traviesas, según el *Monitor de los Caminos de Hierro*: con que mira tú si se perderá una mujer, por poca traviesa que tenga.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

COSTUMBRES AFRICANAS.

LA ELECCION DE REY.

I.

En otra serie de artículos publicada ya en EL MUSEO UNIVERSAL, hemos descrito los diferentes medios de que se valen los indígenas del Africa Ecuatorial para cazar la multitud de monstruos y fieras que se abrigan en sus impenetrables bosques, elevados montes, inmensos lagos y caudalosos rios.

Esa estensa region de Africa, completamente desconocida hasta que el norte-americano Pablo-Chaillu penetró en ella y dió á luz el fruto de sus viajes y de sus observaciones, presenta caracteres marcadísimos que la diferencian absolutamente, no solo de las demás partes del mundo, sino que del Africa del Norte y de la del Sur.

Partiendo de este principio, y contando con el interés que inspira y la curiosidad que despierta siempre el relato de cosas ignoradas y desconocidas, vamos á emprender la descripción de los diferentes pueblos que residen en esa comarca, entregada á todos los horrores de la mas completa barbarie; pero consignando antes que todo el mérito que por estos escritos pueda atribuirse se reduce al orden y buen acierto con que sepamos elegir y condensar en artículos de ciertas dimensiones, los datos que acerca del particular debemos á Chaillu, primero, y á varios europeos que antes y despues que él han frecuentado el litoral de esa parte de Africa, ocupada hoy por el pueblo ó tribu mpongwés, que los franceses llaman *Gabones*.

II.

El terreno que vamos á explorar es la parte comprendida desde los 2° de latitud Norte, hasta 2° de latitud Sur, en cuanto al litoral, y desde este hasta la cadena de montañas llamada *Sierra de Cristal*.

Del otro lado de esta cordillera aquel país continúa siendo y apellidándose *Tierra Incógnita*.

El rio Gabon, que tiene su origen en la Sierra de Cristal, bajo, apacible y magestuoso, derrama sus aguas en el océano Atlántico, muy pocas millas al Norte del Ecuador.

Su embocadura forma una anchurosa y magnífica bahía, en la cual poseen los franceses un fuerte, construido en 1842.

Los mpongwés ó pueblo de la costa, ocupan el litoral y ambas orillas del rio, y ejercen el monopolio esclusivo de todo el comercio que hacen los naturales con los buques americanos, ingleses, españoles y portugueses, que en diferentes épocas del año aparecen en aquellas costas.

Los mpongwés ocupan una estension de terreno que puede calcularse en treinta millas, poco más ó menos, y aunque divididos en diferentes tribus, todos ellos hablan el mismo dialecto, con diferencia de alguna que otra palabra.

Aparte de *Baraka* ó *Barraka*, palabra derivada del mpongwés, que significa *barakon*, ó almacén, ó depósito de esclavos, donde los norte-americanos tienen establecida desde 1842 una mision extranjera; las principales poblaciones de los mpongwés son Krinyé, Cuaben, Douve-Glass (llamada por los franceses *Luis*), y Príncipe-Glass, en la orilla derecha del Gabon: King-William, Rey-Jorge y Rey-Lucan en la izquierda.

Hay además otras dos aldeas en la isla de los Papagayos y en la punta Obenda.

Cada aldea tiene su jefe que la gobierna despóticamente en cuanto lo tolera el rey, y ateniéndose á las costumbres y á la tradición.

Sin embargo, la tribu entera se halla dividida en cuatro reinos diferentes.

Siempre que ocurre un conflicto respecto á las atribuciones de la autoridad, prodúcese una *palaver* ó *palabra*, y los mas ancianos son los que deciden y zanján la cuestion.

Palaver ó *palabra* significa una especie de *meeting* ó reunion, á donde concurren todos los moradores. hombres y mujeres, y debaten el asunto que ha sido ocasion de aquella *palaver*.

La tribu mpongwés que ocupa el litoral, se divide en muchas clases, cada una de las cuales goza de mayores ó menores prerogativas, según lo illustre de su origen.

La clase mas distinguida, ó sea la de los mpongwés *pur sang*, no cuenta mas de trescientos individuos; esa clase constituye la primera nobleza del reino.

Viene en seguida la clase producida por el enlace de los negros mpongwés con las negras libres de otros reinos limitrofes; como son los mbengas, sekianis, balakases, etc., etc.: esta clase cuenta con ochocientos individuos.

La tercera clase es la que resulta de la union de los mpongwés con las negras esclavas; llámase estos individuos *banbes*, gozan de menos consideracion que los mpongwés *pur-sang*, y les está prohibido unirse con las clases privilegiadas: su número no pasa de mil.

Viene despues la clase que forman los hijos de los esclavos, en igual número que la clase anterior; y finalmente los esclavos, que no son menos de tres á cuatro mil.

La diferencia de clases se perpetúa por la prohibicion de unirse y mezclarse unas con otras.

La poligamia, los frecuentes asesinatos y las muchas víctimas que producen las acusaciones de hechicerías ó encantamientos, son causa de que la tribu mpongwés vaya disminuyéndose hasta que concluya por desaparecer, cediendo el puesto á otra, como ella ocupó el de la tribu Ndina, muy poderosa en lo antiguo, y de la cual no restaban en 1859 mas que tres individuos.

Tal es la suerte de todos los pueblos sumidos en los horrores de la barbarie y de la ignorancia.

Baraka, otro establecimiento de los misioneros protestantes, ocupa la cima de una espaciosa colina, como á 8 millas de la embocadura del Gabon. Las aldeas indígenas rodean la base de esa colina ó se hallan diseminadas en ambas orillas del rio.

Esas aldeas ó poblaciones mpongwés son las mejor acondicionadas de toda aquella parte de Africa.

Cada aldea consta de una sola calle, de 20 metros de anchura y 200 de longitud. Si el número de calles es mayor, suelen formar una especie de plaza en el centro.

Las casas varían desde 20 á 100 pies de fachada, y están construidas de una especie de bambú muy abundante, cuyas hojas sirven para hacer esteras con que cubrir los llenos, y para llenar los huecos que quedan entre caña y caña.

Las casas son cuadradas; el aposento principal ocupa siempre el centro: el pavimento es de tierra, muy endurecido y brillante á causa del uso.

La construccion de una casa es asunto de mucha importancia, pues hay que elegir el terreno, construir y almacenar las *mparvos* ó esteras para la techumbre, reunir una gran cantidad de bambú, que hay que conducir desde muy lejos por el rio, construir las puertas y ventanas, elegir árboles para las estacas, clavar estas, y formar con el bambú las paredes.

El pueblo mpongwés pertenece á la raza negra, y como tal no necesitamos describirlo, pero es, entre todos los de Africa, el de mejor aspecto, de facciones mas agradables y de mediana estatura.

Los hombres visten una camisa de malísimo percal inglés ó francés, y encima de ella se envuelven un pedazo de tela cuadrada que les llega hasta los pies: además se cubren la cabeza con un sombrero de palma.

El rey es únicamente quien tiene derecho para usar un sombrero redondo á la europea, como que equivale á la corona de nuestros monarcas.

Los gefes y los negros ricos son muy aficionados á los trages europeos, y nada iguala á su vanidad y á su satisfaccion el dia que pueden pavonearse ante sus compatriotas luciendo una casaca encarnada ó un paletó azul, ó un uniforme entero, incluso el espadín.

Con lo que no han podido transigir nunca es con el calzado.

El principal vestido de las mujeres consiste en un *pañó* ó tela cuadrada, que se arrollan alrededor del vientre y les llega desde el ombligo á las rodillas.

El resto del cuerpo lo llevan desnudo, y tanto las piernas como los brazos se los adornan con verdaderas argollas de cobre.

Su mayor rasgo de coquetería estriba en ponerse alrededor de los tobillos una anilla de peso de 25 á 30 libras, lo cual las impide andar y les da un aspecto desagraciado.

Unas y otras adoran las esencias, mas como canti-

dad que como calidad, el rom, el aguardiente, los abalorios, etc., etc. Cada hombre posee tantas mujeres como puede comprar á sus padres: el mantenerlas es cosa de poca monta, pues como los hombres se dedican esclusivamente al comercio y á la caza, ellas son las encargadas de todo lo concerniente al cultivo, á la siembra, á la recoleccion y á la preparacion de los alimentos.

Hay mas, la mujer, —especialmente las esclavas,— hacen el papel de bagajes ó animales de carga, pues en aquel desdichado país no solo se carece de caminos, sino que tambien de camellos, caballos, mulos, asnos, bueyes, es decir, de los dos primeros y principales elementos de civilizacion.

El cultivo de las tierras se hace en muy corta escala, como que no alcanza á las necesidades del país: los mpongwés se alimentan principalmente de vegetales, como patatas, batatas dulces, moniatos, maiz, ananas, nueces, cañas dulces, etc.

El principal artículo de esportacion (aparte de la venta de esclavos, de que nos ocuparemos otro dia), consiste en el marfil, reputado como el mas hermoso que se conoce. Estráense anualmente 80,000 libras, y hay algunos años en que la recoleccion asciende á 150,000.

Pero esto mismo es una razon para que en un tiempo quizás no lejano, desaparezcan del todo los elefantes, que lo producen.

Además del marfil se explotan, aunque en escasa cantidad, siendo así que el país las produce inmensas, la goma elástica, el ébano, el palo campeche y el aceite de palmera.

Los negros del Gabon son ante todo comerciantes, emplean su grande astucia en explotar á los capitanes de los buques europeos que aportan á aquellas playas.

Hé aquí de qué modo practican el comercio.

Ya hemos dicho que en Africa se carece completamente de caminos y de animales de carga y de medios de arrastre: por lo tanto, para conducir los artículos de comercio del interior al litoral, hay que valerse de la navegacion fluvial.

Pero las orillas de los rios están ocupadas por diferentes tribus, escalonadas á lo largo de aquellas, y que exigen un derecho sobre todas las mercancías que transitan por sus respectivos territorios.

La embocadura del rio la ocupa el pueblo mpongwés, sigue á este el shekiani, y así sucesivamente hasta una docena de tribus.

Ninguno de esos pueblos puede trasladarse á otro para comerciar: ha de valerse forzosamente del vecino y así sucesivamente hasta llegar á poder del mpongwés que ejercen el monopolio de las costas.

Si un negro del interior, dueño de algunos colmillos de elefante, se trasladase al litoral para cambiar aquellos por los artículos de comercio que llevan los europeos, semejante infraccion de las reglas establecidas, seria causa para que se confiscasen sus efectos, le impusiesen una multa ó lo aprisionasen y vendiesen como esclavo.

De esto resulta que como cada tribu impone un fuerte tributo á los artículos de comercio que pasan por su mano, el dueño de ellos solo recibe una mínima parte de su valor y eso despues de muchos meses.

En algunas ocasiones lo pierde todo:

De aquí el que siendo las tribus del interior las que menos utilidad sacan del comercio, lo miren con cierto desden, cuando las comarcas que habitan son las mas productoras.

El comercio de negros se opera del mismo modo, exceptuando cuando una querrela produce la guerra entre dos de aquellos pueblos.

Pero este importante asunto será tratado en otro artículo.

En varias ocasiones ha sucedido que algun negro, mereciendo por su honradez la confianza de los capitanes de buques, ha acaparado mas negocios de los que podia desempeñar; pero el pueblo se ha opuesto á que un individuo reune diferentes comisiones, y para lograr su objeto no han vacilado en acusarlo de hechicero, lo cual equivale á una muerte cierta, como se verá en otro artículo de esta serie.

Tan luego como se presenta un buque en la bahía del Gabon, todos los negros que poseen artículos de comercio, se embarcan en sus piraguas y se dirigen á bordo.

Su primer objeto no es vender: es engañar al capitán para que abone subidos precios.

Pregunta el capitán por tal ó cual artículo de comercio:

—¡Ay, capitán! ¡Nunca ha estado tan caro!

—¡Capitán, las tribus del interior no envían nada que vender!

—¡Nunca se han visto tales dificultades!

—¡Hemos tenido batallas, capitán!

—¡La fiebre hace estragos, capitán!

—¡Las inundaciones nos han arruinado, capitán!

—¡No hay comercio, capitán!

—¡No queda un solo colmillo, capitán!

En seguida presentan sus *buenos libros* para justificar su honradez.

Los negros llaman *buenos libros* á los certificados de algun capitán que ha quedado satisfecho de ellos.

En seguida empieza la abundantísima exhibición de los artículos que poseen, y piden unos precios exorbitantes.

Los capitanes declaran que no tienen prisa y que esperarán á que bajen los precios: mas pasan días, escasean las provisiones, enferman los marineros, y como el tiempo no tiene valor para los negros, y como no tienen por qué temer la fiebre, los capitanes concluyen por abonar cantidades mayores que nunca, para cargar y alejarse de aquellos inhospitalarias costas, ínterin que los indígenas se burlan de su candidez, y aplauden su propia astucia.

La afición de los mpongwés al comercio es tal que han establecido un servicio de cabotaje para comunicarse con los diferentes establecimientos que hay en la costa.

Para esa navegación se valen de sus piraguas, mas grandes que las ordinarias, pues las hay capaces de cargar mas de ocho ó diez toneladas ó sean de ciento ochenta á doscientos quintales.

Para construir las derriban un árbol inmenso cuyo tronco afilan por ambos extremos, para hacer la proa y la popa: el interior lo ahuecan valiéndose del fuego. Cuando queda el grueso necesario, lo alisan cuidadosamente; le colocan algunas tablas á guisa de bancos, arbolan un palo en el centro; la vela es de estera y sin mas precauciones se lanzan al mar.

Esas frágiles embarcaciones arrostran la furia del mar y del viento de una manera increíble; desde el Gabon navegan hasta el Cabo de Santa Catalina, al Sur, y hasta Banoko y Camaron, al Norte, segun los apuntes de Chaillu.

Los mpongwés ó pueblo de la costa, comprenden los idiomas francés, inglés, español y portugués por efecto de su frecuente trato con los buques de estas naciones que hacen el comercio con ellos.

Uno de los diferentes viajeros que han visitado el litoral del Africa Ecuatorial, refiere que en 1837, hallándose en el Gabon, falleció el rey Glass, despues de una larga enfermedad.

Era tan viejo que sus negros súbditos, muy finos en la sátira, decían que se había propuesto engañar á la muerte, como sus vasallos engañaban á los blancos.

Su pueblo no le quería, y con razón.

En primer lugar hacia mas de cincuenta años que se ciñera el sombrero-redondo, ó sea la corona; y en segundo, despues de tener una juventud agitadísima habíase vuelto beato, muy beato.

Su ídolo estaba brillantemente pintado y adornado.

Además, como temía que le hechizasen sus súbditos, diariamente hacia llamar del interior alguu *gris-griv*, ó sabio doctor, cuyas visitas eran carísimas.

En aquel país, los médicos ó los doctores declaran francamente que ellos no curan las enfermedades; que solo preservan de los conjuros.

¡Loable franqueza que debería ser imitada en todas las otras partes del mundo!...

El pueblo estaba cansado de tener un rey eterno y sucedía que ínterin S. M. Glass I desconfiaba de sus súbditos, temiendo que le encantasen, estos consideraban al monarca como al mayor y mas temible hechicero ó brujo del reino.

Tanto cierto es esto, que ninguno de ellos osaba penetrar en palacio, á no ser que al pasar por la puerta viesan al rey propinándose una botella de rom.

Cuando se agravó la enfermedad del rey todo el pueblo apareció consternado: verdad es que en secreto se confesaban el deseo de que los librase de su presencia lo mas pronto posible.

En fin, una noche, se realizó aquel deseo.

El viajero á quien aludimos se despertó lleno de sobresalto: reinaba una grandísima confusión: no se oían mas que gritos y fúnebres lamentos.

¡El rey había fallecido!...

Las negras, en vez de gritar, lloraban: es verdad que en esto parecen mujeres civilizadas, pues tienen una facilidad extraordinaria para afligirse.

Hay ocasiones en que charlan y se rien al mismo tiempo que los ojos se les llenan de lágrimas.

El luto y las lamentaciones se prolongaron, porque así lo exige el ceremonial, seis días.

El segundo de ellos fue enterrado el cadáver.

¿Cómo se verificó este fúnebre acto? Nadie lo sabe. Es costumbre en aquel pueblo que todo el mundo ignore el sitio donde yacen los restos de sus monarcas, pues considerándose como el mas inteligente y discreto de Africa, temen que algun otro del interior, robe la cabeza del cadáver real, para hacer de ella un ídolo.

El rey, pues, confía á tres ó cuatro de sus amigos cual es el sitio que ha elegido para sepultura; y esos amigos son los únicos guardadores de tan importante secreto.

Otra costumbre del pueblo mpongwé, exige que donde se entierre á un hombre, se enarbole una bandera; pero como esto destruiría el secreto y al mismo tiempo no puede faltarse á la costumbre, enarbólese la bandera en un sitio cualquiera, excepto aquel donde realmente reposan los restos del soberano.

En los cuatro días que median entre el entierro del cadáver y la terminación del luto, los negros mas ancianos de la tribu se encierran en la cabaña-palacio y eligen nuevo soberano.

El sétimo día, el consejo de ancianos convoca al son de una especie de tambor á todo el pueblo, y le anuncia solemnemente quién es su nuevo monarca.

El favorecido lo ignora igualmente.

En la ocasión á que vamos refiriéndonos, obtuvo la mayoría de sufragios un negrazo, jóven, robusto, hocielado, crespó, un tanto filósofo, y que probablemente no había imaginado nunca que el regio *sombrero de popa alta* adornaría su cabeza.

Casualmente, y por efecto de su amor á la soledad, en vez de acudir á saber el nombre de su nuevo rey, permaneció paseándose tranquilamente por la orilla del río, cruzados los brazos y metidas las manos en los sobacos por falta de bolsillos de un vestido ausente.

Luego que el populacho oyó pronunciar su nombre, lanzó alaridos de júbilo y semejante á una tromba, corre en busca de su nuevo amo, lo alcanza, lo cerca y lo aturde á gritos; le empuja, le escupe, le insulta con los mas groseros dicterios, le golpea, le derriba y cubre de inmundicias.

Los que, por ser grande el número, no podían llegar hasta él, gritaban y proferían las mas terribles imprecaciones contra el rey, su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y sus antepasados.

Al mismo tiempo que le daban bofetones y puntapiés, aquellos á quienes cupo este honor, le gritaban frenéticamente:

—Aun no eres nuestro rey, Njogoni; dentro de poco harás de nosotros lo que quieras, como nosotros hacemos ahora de tí lo que nos da la gana!

Njogoni, supo conducirse como filósofo y como rey futuro: conservó su dignidad, su sangre fría: recibió sonriendo todos aquellos ultrajes y se dejó conducir á palacio, donde le hicieron sentar.

Instantáneamente se restableció la calma; y avanzando los ancianos del Consejo pronunciaron esta fórmula que fue repetida por todos los circunstantes:

—¡Te elegimos desde ahora por nuestro rey y nos obligamos á escucharte y obedecerte!...

Siguióse á esto un profundo silencio, é inmediatamente, el codiciado, el sagrado sombrero-redondo, emblema de la autoridad suprema entre los mpongwés, adornó la cabeza de Njogoni.

Levantóse al mismo tiempo: echáronle sobre los hombros una espléndida capa de percal colorado, y todo el mundo se inclinó profunda y respetuosamente ante el nuevo monarca.

Acto continuo empezaron las fiestas. Seis días de jolgorio, durante los cuales Njogoni no pudo reposar un solo instante, obligado á recibir y á obsequiar con tabaco, rom y vino de palmera á todos sus súbditos y á los curiosos que acudían de los reinos limítrofes.

¡Seis días de ruido infernal, de gritaría, de brutal embriaguez, de obscenas danzas!...

¿Quién se acordaba ya del rey anciano Glass? ¿Quién de las lágrimas que por él vertieron durante seis días?

¡Nadie! ¡Ay! preciso es confesarlo: ¡la ingratitude negra es idéntica á la blanca: la ingratitude salvaje es mas brutal, pero es menos cruel que la civilizada!...

A los seis días, apuradas las provisiones, consumidos el aguardiente, el rom y el vino de palmera, quedóse solo Njogoni I y empezó á reinar.

El primer acto de su reinado no difiere en nada de lo que habría hecho un europeo que se hubiese hallado en su lugar.

¡Njogoni I, echose á dormir á pierna suelta!

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

EL PADRE JUAN DE MARIANA.

Si España en sus glorias literarias ha contado siempre en su seno hombres eminentes, que laureados con la corona de la inmortalidad han llenado las páginas de nuestra historia de los triunfos mas completos en civilización y en cultura; en la época á que nos referimos, allá en los tiempos de Felipe III, en aquel período glorioso estaba reservado un genio que había de dar tambien días de gloria y alcanzar conquistas mucho mas brillantes que las que se obtenían con las armas. Estaba reservada esta gloria al eminente español, al insigne jesuita y leal patricio Juan de Mariana.

Mariana, el varón mas eminente que acaso tuvo España en virtudes, en letras, y en amor, sobre todo á su patria, enérgico defensor de la verdad y de la justicia, nació en 1536 en Talavera de la Reina, ciudad de importancia en el antiguo reino de Toledo. Oriundo de unos padres virtuosos y desplegando desde sus primeros años los primitivos destellos de su sublime inteligencia, hacían esperar del jóven Mariana el elevado puesto á que despues su aplicación infatigable y sus talentos le encumbraron en las ciencias.

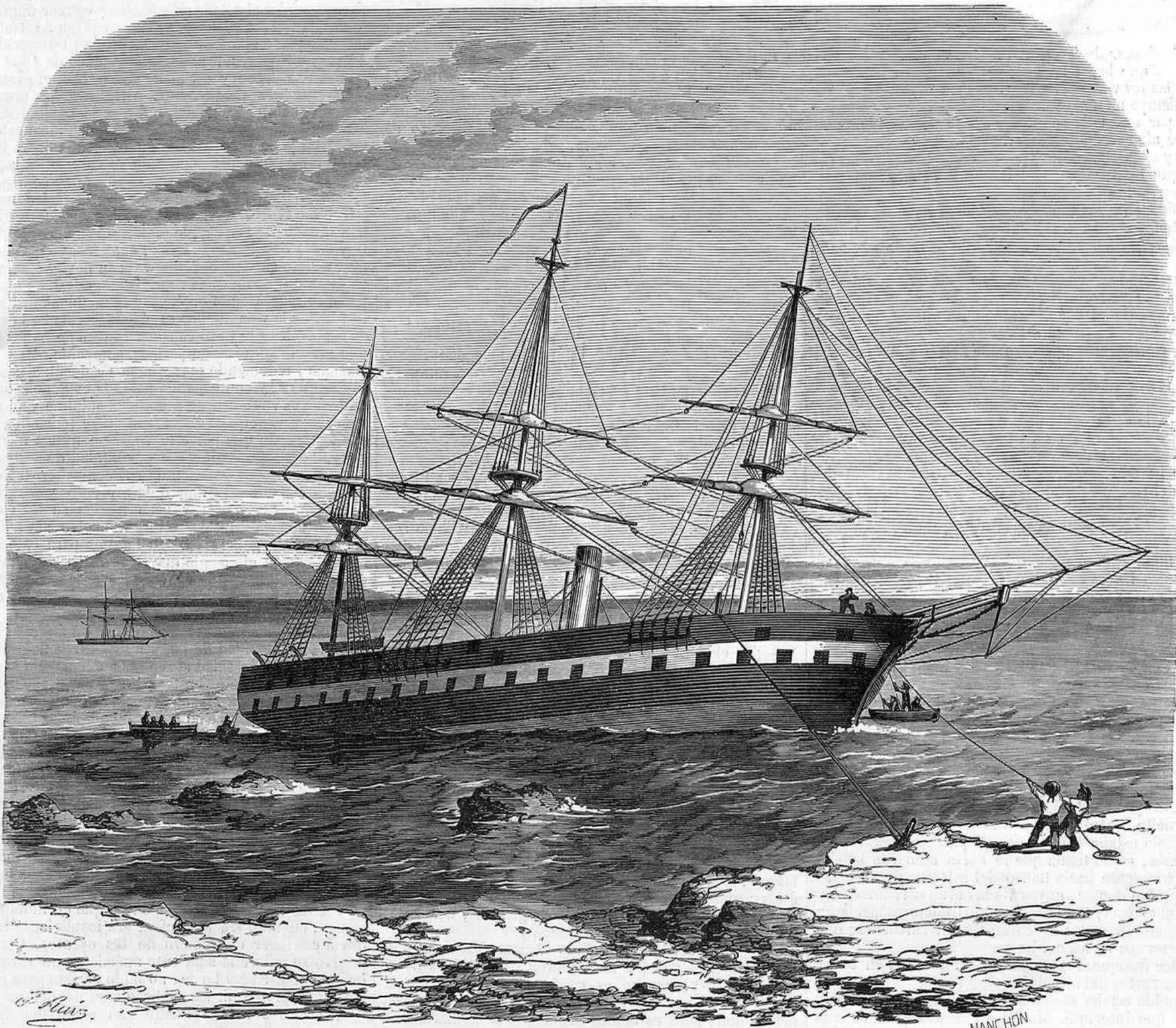
Hizo sus primeros estudios bajo la protección de un canónigo pariente suyo, el cual conociendo sus bellas disposiciones, y adivinando en él sus deseos de ascender al sacerdocio, lo tomó á su cuidado. Adornado Mariana desde muy jóven de virtudes excelentes, modelo sublime de moralidad y de buenas costumbres, y dotado por último de las disposiciones y circunstancias mas oportunas

para ascender al estado eclesiástico y ejercer dignamente tan elevado ministerio, pasó muy jóven á estudios de filosofía y sagrada teología á la célebre universidad de Alcalá de Henares, fundada por los años de 1508 por el no menos célebre y digno de admiración el gran cardenal Jimenez de Cisneros. Allí hacia los progresos mas notables en las ciencias á que se había dedicado, siendo un sublime ejemplo de aplicación incansable, de modestia y de pureza intachable, y al mismo tiempo tal su fama, que sirviéndose de estos buenos antecedentes y aprovechando la oportunidad que se le presentaba de hallarse en aquella ciudad el padre maestro Gerónimo Nadal, enviado en calidad de comisario por San Ignacio de Loyola, le manifestó sus deseos de entrar en la compañía de Jesus, cuando apenas contaba diez y siete años; y el piadoso varón llevado de la buena fama que se había ya conquistado nuestro ilustre español, descubriendo en él grande inclinación á la austeridad de la vida monástica, á la integridad y la rigidez de costumbres le llevó consigo, seguro de haber hecho una grande adquisición para la compañía. Muy luego Mariana, redoblando mas y mas su decidida afición á los estudios, y confirmando hasta la evidencia sus talentos, sus virtudes, su moralidad sublime y su merecida fama principió á sobresalir entre todos los de la compañía, sin que por esto se viese nunca ultrajada, merced á su modestia y á la amabilidad de su trato, la dignidad y buena posición de sus compañeros. Mariana iba adquiriendo tal número de prosélitos y de adictos á su persona que en muy poco tiempo se hizo digno, cuando apenas contaba veinte y cuatro años de que lo eligiese su general, Diego Laynez para catedrático de teología en el colegio que se acababa de establecer en Roma: allí recibió las sagradas órdenes sacerdotales, é inmediatamente le dieron la profesión de cuatro votos y el título de catedrático.

De Roma pasó con el mismo destino á Sicilia, y de allí á la universidad de París á explicar la Sagrada Escritura; la universidad al recibirle en su seno le confirió el título de doctor en teología, y por espacio de mucho tiempo fue Mariana en Francia el ilustre español que daba gloria y honra á su patria, honor á sus talentos, y que con sus conquistas literarias bien claro daba á entender que España como la primera de las naciones, es siempre fecunda en genios ilustres que dan honor y gloria á su patria. Por espacio de cinco años que resonó su voz en la cátedra, Mariana llamaba la atención y era objeto de una admiración bien merecida: sus esplicaciones profundas y tratadas con la gravedad que en sí tienen los estudios teológicos, al mismo tiempo, que dando todos sus vuelos á la gran estension de sus vastos conocimientos cautivaban la atención de los oyentes, siendo tan grande el concurso que acudía á oírle, que en muchas ocasiones, cuentan sus biógrafos, era insuficiente la cátedra á contener el número de los oyentes. Con este motivo se refiere la siguiente anécdota: un estudiante que por llegar algo tarde, no pudo abrirse paso por entre la multitud á oír las esplicaciones del insigne maestro, no tuvo inconveniente con el auxilio de una escalera de situarse en una ventana desde donde escuchaba á nuestro ilustre patricio. Observólo Mariana, y le dijo como reprendiéndole por su tardanza, aquellas palabras del Evangelio: *Qui non intrat per ostium fur est et latro. Utique Domine*, respondió osadamente el escolar; *Ad furandam tuam doctrinam*.

Pero Mariana no podría continuar por mucho tiempo en París; quebrantada notablemente su salud, entregado á los estudios con su ardor y celo inextinguible de saber, y poco favorable aquel clima á su constitución, íbase agravando de día en día y vióse en la necesidad de renunciar la cátedra y de retirarse á España, fijando su residencia en Toledo, donde dió principio á los primeros trabajos de su gran obra.

En este punto fue donde adquirió Mariana y llegó al punto mas culminante de su grandeza, de sus glorias y de su fama literaria. Dedicado constantemente á las ciencias, y consagrando toda su vida á los estudios, se hizo el genio privilegiado de aquellos días, y por su virtud y su ciencia, el consultor universal de toda la nación. Su elocuencia en el púlpito, reuniendo las dos buenas cualidades de hablar al corazón y á la inteligencia, producía en sus católicos oyentes los sublimes efectos de las saludables máximas del Evangelio. No fue esto solo, sino que reconociendo el caudal inagotable de riqueza, y los buenos frutos que resultan del estudio de las lenguas orientales, y aun su necesidad para la buena inteligencia de los libros sagrados, se entregó á ellas con tanta afición, que se le reputaba por uno de los mas profundos orientalistas. Mariana, por su vasta erudición, por sus extraordinarios talentos, por su moralidad, por sus virtudes, como severo y enérgico, defensor de la verdad y de la justicia, mereció de todos sus contemporáneos el aprecio y veneración mas completa, y que mas gloria dan á la sublimidad y eminencia de su genio. Su vida, rodeada continuamente de trabajos y ocupaciones literarias, fue una tarea infatigable, ocupada sin cesar á mas de sus estudios y de sus obras originales sagradas y profanas, en el despacho de sus negocios, en contestar á las innumerables consultas que se le hacían, ya por parte del gobierno, ya por el tribunal de la Inquisición, ya por varios cardenales, arzobispos, obispos, literatos, y



PÉRDIDA DE LA FRAGATA DE GUERRA PETRONILA, TOMADA DEL NATURAL.

otras muchas personas que utilizaban sus vastísimos conocimientos: su casa era el centro de la ilustración y la ciencia, y en ella, después de amplísimos debates, se controvertían ante una escogida reunión de personas ilustres las más trascendentales cuestiones del saber humano. Por todos estos títulos mereció que se le destinase para los puestos más importantes y que exi-

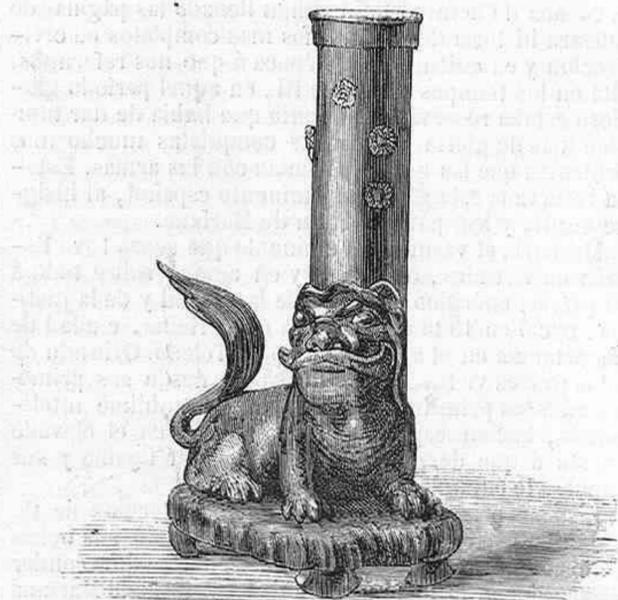
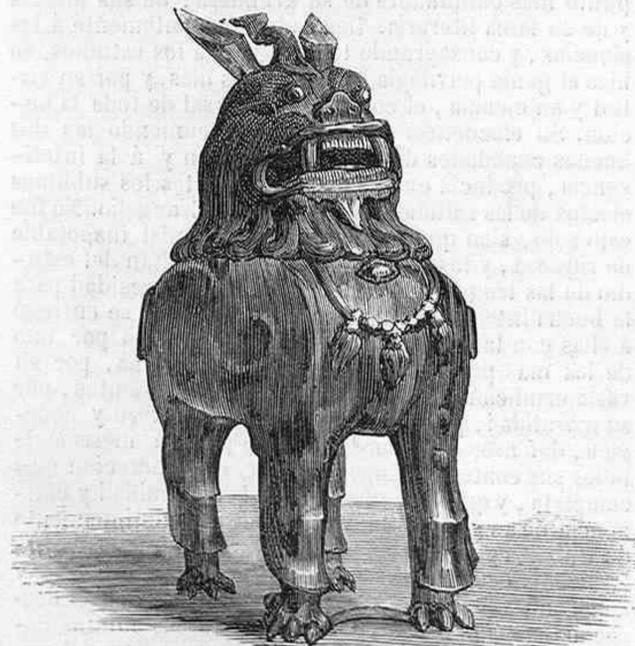
gian más virtud y más ciencia. Fue nombrado sucesivamente examinador sinodal del arzobispado de Toledo, y consultor del tribunal de la Inquisición; recibió de orden del rey en unión de otros literatos, el noble encargo de publicar notablemente corregidas y anotadas las obras de San Isidoro, arzobispo que fue de Sevilla; tomó parte, á ruegos del cardenal Quiroga, en la

redacción del *Manual de Sacramentos*, y se le encomendó la *Reforma de las apuntaciones del concilio*, que ese acababa de celebrar, y la formación del *Índice* espurgatorio que se publicó en 1584.

Uno de los incidentes que más renombre dieron y que más encumbraron la merecida fama del ilustre discípulo de la célebre escuela de Alcalá de Henares, fue la acalorada disputa que ocasionó la adición que se trataba de hacer á la *Biblia Poliglota* del cardenal Jimenez de Cisneros, la cual, reimpresa por orden de Felipe II, se quería ahora enriquecerla, añadiendo á la nueva edición todo el contenido del *Nuevo Testamento*, escrito en lengua siríaca, y le fue encomendado el trabajo y la dirección al eminente Arias Montano. Apareció esta con el nombre de *Biblia Regia ó Filipina*, y no obstante haber merecido Arias Montano el elogio y parabien de todos los sabios, y su Biblia la aprobación de los hombres más eminentes y más versados en las sagradas letras, Leon de Castro, su enemigo, escitado por la envidia, y queriendo marchitar los merecidos lauros de Arias Montano, le acusó ante el tribunal de Roma y en el de la Inquisición como sospechoso en la fe, y contrario al dogma católico, y su Biblia como heterodoxa y novadora. El asunto era en extremo difícil, y se necesitaba que el juez que dirimiese esta controversia fuese, además de sabio, un eminente varón, de cuya virtud y justicia no pudiera dudarse, y cuyo fallo fuese, al mismo tiempo que autoritativo, una satisfacción dada al mundo católico.

Mariana debía ser y fue en efecto el elegido; y después de un cuidadoso estudio y cotejo que le ocupó por mucho tiempo, dió su fallo á favor de Arias Montano, recobrando este su reputación y su fama, y siendo condenado Leon de Castro á un público desprecio como injusto calumniador, en medio de los elogios y parabienes que se tributaban á nuestro ilustre Juan de Mariana.

MUSEO ETHNOGRÁFICO DE MADRID.



BRONCES DEL JAPÓN.—INCENSARIO Y CANDELERO.



DESASTRES DE VICH.—AUSILIOS PRESTADOS POR LAS BRIGADAS DE OBREROS Y LA GUARDBIA CIVIL. (DIBUJO DEL SEÑOR PADRÓ.)

De este modo la vida de Mariana, hasta la edad de ochenta y siete años en que terminó la muerte la carrera de sus honores y triunfos, fue una serie continua de trabajos, de admiración y de gloria adquiridas por sus lauros y conquistas literarias. Sus cenizas han desaparecido, pero su memoria, transmitida á la posteridad y ornada con el laurel de la inmortalidad, vive indeleble en el corazón de la humanidad.

«Su vida, dice un escritor extranjero, duró mientras pudo tener la pluma en la mano, y cuando ya los achaques de la edad no le permitieron escribir y enseñar, murió consagrando su vida á la utilidad de los hombres. Fue de ánimo elevado, de grande corazón y sufrimiento, invicto honrador de la verdad, de la libertad y de la religion, casto en sus obras y palabras, modesto, parco y silencioso, enemigo del ocio y de apreciador de las dignidades. Sus extraordinarios talentos, fecundados de las noticias mas recónditas de las ciencias, y ayudados de una aplicacion infatigable casi hasta el último suspiro, formaron uno de los mayores sabios que ha producido España, y el mas digno de su estimacion por haber engrandecido con su magnifico estilo y sus severos juicios el nombre y las glorias de la nacion española.»

Entre las obras que nos ha dejado nuestro inmortal Mariana, la mas universalmente estendida y la que goza de mas reputacion é importancia bajo el punto de vista nacional es su *Historia de España*, que con razon podria titularse crítico-filosófica, y que es un monumento eterno de nuestras glorias nacionales y de nuestra literatura. Publicada primitivamente esta importantísima obra en latin, con el título de *Historiæ de Rebus Hispanicæ libri XX cum apendice*, le añadió posteriormente otros diez libros que comprendian hasta la muerte del rey don Fernando el Católico, y dió una nueva edicion en 1605, con varias mejoras y notables enmiendas. Inútil nos parece encomiar la aceptación uni-

versal con que seria recibida esta obra, siendo un monumento nacional que además de la necesidad que ha-

bia de él, por falta de un documento tan importante, consignaba nuestras glorias nacionales y las hazañas de



DESASTRES DE VICH.—VISTA DE UNA CASA QUE SE LLEVARON LAS AGUAS, EN LA QUE PERECIERON SIETE PERSONAS.

nuestros héroes de la manera mas sublime; siendo por otra parte tanta la gloria que cabia á España por poseer una especie de testamento de los siglos pasados, como por los triunfos de sus mas ilustres genios. La obra era leida con tan universal aceptación, tanto entusiasmo y tan merecidos aplausos nacionales y extranjeros, que Mariana, atendiendo á las justas quejas de algunos, para satisfacer el deseo de muchas gentes que se lamentaban de que un libro tan provechoso no pudiera ser leído por todas las clases de la nacion, se vió en la necesidad de traducirlo al castellano, y dar una nueva edicion de él, notablemente corregida y aumentada. La elevacion de su estilo al mismo tiempo que acomodado á toda clase de personas, la pureza de su lenguaje, la severidad de sus sentencias, y la imparcialidad de sus juicios hacen de esta obra una de las mas eminentes, y que mas honran nuestras glorias nacionales. En ella se pinta y en cualquiera de sus narraciones, se descubre el carácter severo, la integridad legal, la energía y la verdad, la justicia y la virtud, defendidas por su autor. Agena y enteramente estraña á digresiones inútiles y á descripciones fastidiosas, refiere los hechos depurados en el crisol de la crítica y de la Filosofía á los ojos de la Cronología y la Geografía; y no contento con esto, se eleva á una altura que hasta entonces no se conocia, saliendo de los estrechos límites de una simple narracion histórica, y enriqueciéndola con algunas observaciones crítico-filosóficas, que constituyen el gran fruto que puede sacarse de la Historia, para que pueda ser el fiel espejo de lo pasado, el reflejo del porvenir y la maestra de las generaciones presentes que enseña y recrea al hombre. Su libertad en el decir, la rectitud de sus juicios, y su severidad y justicia al narrar los desaciertos y arbitrariedades de los reyes y sus consejeros, hacen de esta Historia una obra por muchos conceptos recomendable y la colocan á la cabeza de las historias de aquel tiempo. Estas mismas cualidades, que con razon son las que oportunamente tanto realzan, y tanto mérito dan á los originales de nuestro ilustre patricio, sirvieron como fundamento á algunos parásitos aduladores del trono, para acusar ante los reyes y los grandes la *Historia de España*, de Mariana, y poco faltó para que calificada como poco atenta, y faltando al respeto de la dignidad real, se mandase recoger la obra, y se impidiese su libre circulacion. Gran mengua hubiera sido condenar al eminente español, cabalmente por aquellas dotes que mas recomendable le hacen, y que le constituyen como un monumento nacional de gran importancia que da honra y gloria á nuestra patria. ¿Debia, en efecto, tacharse la severidad y rectitud de sus juicios, cuando esa misma libertad en hablar que tanto culpaban sus contemporáneos, tenia su origen en que se propuso escribir la verdad sin respeto alguno? ¿Podia un historiador, leal, patricio y amante de la verdad y de la justicia hacerse cómplice encubridor de los que obraron desleal y torpemente, siquiera fuesen reyes, ó prelados? ¿Podia un hombre tan honrado como Mariana, de tal modo mentir á sabiendas? Mariana, analizando los hechos y juzgando á los hombres en el crisol de la crítica y de su moral, con la severidad de la ley que rinde tributo á la justicia, presenta los hechos tales como sucedieron, sin nada quitar ni añadir, y á los hombres como sus costumbres, siquiera fuesen buenas ó malas, los presentarian en el tribunal de su conciencia. Si los reyes y sus consejeros aparecen muchas veces cubiertos con el negro manto de la arbitrariedad y del despotismo, abusando de su poder en provecho propio; si los prelados manchan á cada paso sus sagradas vestiduras con el vino de orgías, y convierten el templo de Jesús en mercado de los publicanos, es porque la austeridad é integridad de su moral y la rigidez de sus costumbres no le permitian presentar los hechos mas que como los habia hallado y estaban consignados por los que escribieron antes que él. Entre los escritores extranjeros que han celebrado la obra de Mariana, Mr. Rapin, hablando de ella, dice: «Ninguno de los historiadores modernos ha escrito con mas juicio que Mariana en su *Historia de España*. Jamás historiador alguno ha dado mas glorias á su nacion con sus escritos. Lo que á la *Historia de Mariana* le da aquel aire de grandeza que admira, es que tiene el don de pensar y de expresar con tal nobleza lo que piensa y escribe, que imprime el carácter de profundidad á todo lo que se presenta en su entendimiento.»

Otra de las acusaciones que se hacen á Mariana en su *Historia de España*, es que son admitidas por él varias fábulas y milagros absurdos, tradiciones, cuentos y patrañas ridículas que no pueden admitirse por nadie de sana razon. Algo mas justa parece esta acusacion porque Mariana como insigne teólogo que era, bien conocia que esos hechos oscurecidos por la supersticion y la fábula no gozaban de las condiciones y circunstancias precisas para constituirlos en milagros verdaderamente tales, que no se presentan sino en comprobacion de la divina y sobrenatural revelacion; pero sin embargo, si atendemos á la época en que Mariana escribia y á las circunstancias y espíritu del siglo á quien hablaba, nos convenceremos que por mas que el autor fuese estraño á la supersticion y á la fábula, no podia dejar de consignar los hechos tales como los habia hallado en todas las historias anteriores, y cuyas narra-

ciones eran admitidas por el pueblo como artículos de fe, y creidas por todos los hombres eminentes. De otra manera, todos sus trabajos y sacrificios sus insomnios y privaciones hubieran sido inútiles y lejos de haber conseguido su objeto, dominado el pueblo por la supersticion y la fábula, no solamente hubiera descreído las narraciones históricas consignadas de otro modo, sino que hubiera dado lugar á que se desmintiesen por este mismo pueblo los desaciertos, los crímenes, las dilapidaciones y arbitrariedades de los reyes y sus consejeros.

Escribió además Mariana de su gran obra aquella célebre coleccion de los siete tratados de la *venida del apóstol Santiago, de la edicion de la vulgata, del cambio de monedas, etc.*, que le valieron el ser procesado y encerrado en una celda del convento de San Francisco de Madrid, por hablar en ellos de la disolucion y hechos de la corte de Felipe III, y donde despues de sufrir grandes amarguras y ser interrogado sobre sus obras salió á libertad con la prohibicion de que volviera á publicar ningun escrito. Anteriormente á este acontecimiento habia escrito otros tratados, entre ellos el famoso de *Rege et Regis institutione*, obra mandada quemar por el Parlamento de Paris, y ejecutada la sentencia públicamente por mano del verdugo en la capital de la culta Francia, y en la cual examina el autor si hay derecho ó no para matar á un tirano, y decide la cuestion afirmativamente. A su muerte se encontró entre sus papeles el célebre folleto de los *Vicios de la compañía* con que dió fin á su brillante carrera de historiador severo, de leal patricio, de ardiente filósofo, de eminente teólogo y de enérgico defensor de la virtud, de la libertad y de la religion.

B. EDUARDO BAZAGA GUTIERREZ.

LA FRAGATA PETRONILA.

La pérdida de este magnífico buque ha estado siendo el tema obligado de todas las conversaciones y de todos los periódicos, á pesar de la época de elecciones que hemos atravesado y del furor político que se despierta en semejantes dias.

Nos abstendremos de describir el siniestro ocurrido en los mares de América, porque ya lo ha hecho con sobrados detalles la mayor parte de la prensa madrileña, de provincias y hasta del extranjero. Tampoco defendéremos ni culpáremos al capitán de la fragata: esto tambien lo han hecho ya otros, entre los cuales hay algunos á quienes podria decirse con aquel célebre lidiador: *las lecciones de torear se dan á la cabeza del toro.*

Nada de esto es nuestro objeto.

Presentamos un grabado por el cual podrán nuestros lectores formar juicio de la posicion del buque en los escollos que causaron su abertura y en los que se perdió la última esperanza de salvacion, siendo inútiles los esfuerzos del capitán, de toda la tripulacion y de las embarcaciones que acudieron á su auxilio.

El vapor *Venadito* debe ocupar un lugar preferente en la lista de los buques que ayudaron á salvar los efectos que existian á bordo de la fragata, por sus continuos viajes y el celo que desplegaron sus tripulantes en todas las maniobras.

Vamos á hacer una ligera reseña de la *Petronila*, apuntando aquí la fecha de su construccion y las circunstancias principales que reunia.

Salió del arsenal de Cartagena en el año de 1857 entre las aclamaciones de un numeroso gentío que habia llegado ansioso de contemplar el imponente acto de botar al agua un buque de tales dimensiones. Ese momento llena de noble orgullo, la satisfaccion mas cumplida se pinta en todos los semblantes y un pensamiento absorbe la imaginacion de todos los espectadores, mientras algunos de ellos lo expresan de este modo: ¡cuánto puede el hombre!

¡Quién hubiera pensado en aquel punto que el hombre no es nada para vencer los peligros del Océano!

Era la primera fragata de hélice que poseia la armada, tenia dos soberbias calderas tubulares y fuerza de trescientos caballos.

Iba armada de treinta y ocho cañones, entre los cuales habia uno rayado.

Medía doscientos treinta pies de eslora, cuarenta y siete de manga, contados de fuera á fuera y veinte y tres de puntal.

Era capaz de dos mil seiscientas toneladas, llevando mil doscientos setenta y seis quintales de lastre.

Su tripulacion se componia de siete oficiales de guerra, cuatro mayores, seis guardias marinas, seis contramaestres, diez individuos de maestranza, dos dependientes de cirujía, tres condestables, cincuenta y cinco hombres de tropa, doscientos sesenta marineros y treinta empleados en las máquinas.

La *Petronila* acompañó á la reina en algunas expediciones marítimas, habiendo ostentado una vez, si mal no recordamos, el escudo real en el tope del palo mayor.

Su ventilada y hermosa batería, tan agradable en las calurosas tardes del verano, como alegre en las me-

lancólicas y frias del invierno, tenia siempre un encanto particular y fantástico. Es necesario haber pasado los primeros años de la vida junto al mar para comprender la belleza que encierra todo lo que continuamente tocan sus aguas.

El conjunto de la *Petronila* era esbelto; su marcha ligera, pues tenia el tajamar muy agudo y en perfecta relacion con el resto del casco.

Todo ha concluido.

A los seis años de vida ha encallado en unos escollos de donde no ha podido salir y en donde la abandonó su tripulacion, llevándose todo lo que tenia á bordo, y destruyendo la arboladura y parte del casco para aprovechar cuanto sea posible los restos de su antiguo esplendor.

DESASTRES DE VICH.

En el presente número insertamos vistas de la terrible catástrofe que en los primeros dias del mes pasado sufrió el pueblo de Vich de resultas de la grande inundacion. A estas vistas, tomadas espresamente para El Museo, añadiremos otras en los números sucesivos referentes á las inundaciones que tanto han afligido á algunos pueblos de Cataluña.

En Vich, todas las casas del lado de la Riera, excepto dos, quedaron destruidas por las aguas. En la calle de San Francisco se desplomaron tambien seis ó siete edificios, de cuyas ruinas se sacaron despues destrozados cadáveres. A veinte y seis se hace subir el número de personas que en sola esta calle fueron víctimas del estrago. Tres brigadas de operarios iban sacando los escombros, y hubo un hijo que tuvo el dolor de desenterrar á sus padres y dos hermanas.

La manga de agua que se desplomó sobre las montañas, de donde bajaban los riachuelos Gurri y Meder, les hizo reunir tan enorme caudal, que convertidos en torrente impetuoso arrastraron tras sí cuanto encontraron, y los vecinos de Vich vieron bajar llevados por la corriente, pajares, animales, techos enteros, norias y puertas. Esta inundacion, hallando interceptado el paso de la puerta y puente de Barcelona, penetró en Vich por la calle de San Francisco, como ya hemos dicho, hasta que cediendo aquella puerta y una gran parte de la pared contigua, pudo hallar mayor ensanche y cesó el principal peligro.

No hay memoria de que una avenida de estos riachuelos haya causado mayores desgracias. Las autoridades y la guardia civil, ayudando á salvar personas y efectos, recogiendo á los heridos y adoptando otras disposiciones propias de su celo, han cumplido con un sagrado deber, y son acreedores á nuestros elogios.

NON SICH, SEMPER SED. (1).

En un bosque de naranjos
una casita se alzaba
cual copo de blanca nieve,
á los pies de una montaña.
Dos cipreses á la puerta,
cual centinelas, guardábanla;
un arroyo de agua viva
murmurábale á sus plantas,
y era el mar, no muy distante,
espejo en que se miraba.
Tenia el primer perfume
del bosque que la sombreaba;
tenia el primer aliento
de la fresca marinada,
y una virgen á quien dar
murmullos, aromas y áuras.
La niña que allí vivía
entre flores no tocadas,
era la niña mas bella
de la costa catalana.

¡Ay mi casita, mi casita blanca!
Sentados sobre una alfombra
de césped, vistosa y blanda,
estábamos una tarde
los dos al pie de la casa.
Era la hora del crepúsculo,
la hora del día mas casta:
cubríanos amoroso
un naranjo con sus ramas,
y el aroma respirábamos
que del azahar se exhalaba.
Yo solo miraba á ella,
y ella á la tranquila playa
donde las olas sonando
copos de espuma dejaban.
El cielo era azul y hermoso,
y las invisibles alas
de una brisa tibia y pura

(1) La traduccion de estas poesias de don Victor Balaguer, se debe á don Ventura Ruiz Aguilera. Véase el número anterior de *El Museo*.

los árboles meneaban.
Perfumes de amor había
en el susurro del agua,
y en el rumor de las hojas,
y en la brisa que soplabá,
y en nuestros dos corazones,
y en nuestras tiernas miradas.
¡Ay mi casita, mi casita blanca!

Las dulces horas serenas
que dan placeres á el alma
¡ay, qué lentamente vienen!
¡ay, qué veloces que pasan!...
Hora hermosa del crepúsculo,
para mí apacible y santa;
hora, para mí querida,
de consuelo y esperanza,
siempre yo á tu luz dudosa
la vía, radiante y clara,
de mi vida dulce estrella,
puerto seguro á mis ansias.
Y siempre entonces decia
con mi voz enamorada:
«¡Es hora de amar! Amémonos!»
y siempre ¡ay! estas palabras
apagábanse en un beso
que enlazaba nuestras almas.
¡Ay mi casita, mi casita blanca!

PENSAMENT DE NIT.

La oscuridad de la noche
nos cubria y nos guardaba;
ella estaba al pie de un olmo,
yo reclinado en su falda.
Yo le dije: «Dulce amiga,
hermoso cielo del alma,
si antes que tú yo me muero
abandonaré mi caja,
convertido en pajarillo,
y al asomar la mañana
siempre bajo de tus rejas
te cantaré la alborada;
de allí subiré de un vuelo,
de allí subiré á tu cámara,
dejando que me acaricies
con tus manecitas blancas,
hasta que al son de tus besos
y al calor de tu mirada,
quede en tu seno dormido
ó en los pliegues de tu falda.»

Ella responde:
—«Amor mio,
cielo y sol de mi esperanza,
si antes que tú yo me muero,
abandonaré mi caja,
convertida en el espíritu
que por el espacio vaga.
En la flor que tú respíres,
allí estaré yo posada;
en el olor que mas ames,
desharé toda mi alma.
Tambien estaré en el árbol
que sombra te dé anhelada,
y en el agua de la fuente
que refresque tu garganta,
y en el ruiseñor que cante
amores sobre una mata,
y en los ojos de la niña
en quien pongas tus miradas.
A besar ciega tu boca
vendré presurosa, en alas
de la brisa de los mares
ó de las campestres auras;
en largas noches de insomnio
me esconderé en tus pestañas,
para darte el sueño ansiado
por tu ánima fatigada;
y en tu corazón durmiendo,
mientras sueñas esperanzas,
esperaré el nuevo día,
y tornaré á mi jornada.»

LA NINA DEL CIMENTIRI.

A fiesta alegres tocando,
tocando están las campanas,
las campanas de la iglesia,
de la iglesia de Valdáura.

Vistiendo van á la novia,
vistiéndola van de gala;
faldillas negras le ponen,
chinela, media rayada,
pañuelo y jubon de seda,
y una mantellina blanca.

A fiesta alegres, etc.

El novio la comitiva
á recibir se adelanta,
y al llegar al cementerio
junto á la iglesia se para;
del cementerio la puerta
dos negros cipreses guardan.

A fiesta alegres, etc.
El novio siente al llegar
un golpecito en la espalda;
es la mano de una niña
á quien un ciprés recata,
y que al novio se presenta
con la faz desencajada.
A fiesta alegres, etc.
—«¿Y yo?» pregunta, y los ojos
de las cuencas se le saltan;—
«¿Qué has hecho, dime, qué has hecho
del amor y la constancia,
que me juraste mil veces
en los bailes de la plaza?»
A fiesta alegres, etc.
—«¡Pobre de mí! ¡No sabia
que eran tus promesas falsas,
que al darte mi corazón
la honra, con él, te entregaba!
¿Qué he de hacer? ¡ay de mí triste!
¿Qué he de hacer? ¡ay desdichada!»

A fiesta alegres, etc.
El novio pasa de largo;
no se acuerda de escucharla;
la mano tiende á la novia,
á la iglesia la acompaña,
y delante de la niña
la comitiva ya pasa.

A fiesta alegres, etc.
Ya están dentro de la iglesia;
se arrodillan, y los casan;
la niña de los cipreses
no puede mas, se desmaya,
hondo gemido exhalando,
y diciendo:—«¡Dios me valga!»

A fiesta alegres, etc.
Ya de la iglesia han salido;
ostenta la desposada
rubor en su frente; el novio,
que con su mirar la abrasa,
pasando junto á la niña
ni una vez vuelve la cara.

A fiesta alegres, etc.
Al pié de un ciprés cae muerta
la infeliz abandonada;
no tiene padre ni madre,
nadie le pone mortaja,
y en la fosa de la iglesia
de caridad la enterraban.

Ayer á fiesta, hoy á muerto
doblan tristes las campanas,
las campanas de la iglesia,
de la iglesia de Valdáura.

LA CAMPANA DEL AVE MARIA.

FRAGMENTOS.

I.

De lejos viene el nublado,
hácia aquí tiende las alas;
cuando cruza sobre el mar,
mancha su espejo de plata;
cuando flota sobre el bosque,
se esconde el ave asustada;
cuando asoma por el valle,
dóblanse místicas las plantas.

¡Huid aprisa, payeses!
La tempestad amenaza;
de lejos viene el nublado,
hácia aquí tiende las alas;
serpientes son sus relámpagos;
en su fondo el trueno guarda;
la destruccion y la muerte
nacerán de sus entrañas.

¡Huid aprisa, payeses!
Todo el nublado lo arrasa;
meted pronto en los apriscos
las ovejas descarriadas,
y en los establos los bueyes
que vuestras campiñas labran;
y guardad el instrumento
con que, cuando el sol se apaga,
hacéis que en el bosque suenen
melancólicas tonadas.
Un color de tempestad
viste valles y montañas...
¡Huid aprisa, payeses!
El huracán amenaza,
y el nublado, de muy lejos,
hácia aquí tiende las alas.
Si se ve alguna avecilla,
rasando la tierra pasa;

¡ay, que es un triste presagio,
mensajero de desgracia,
que no se lance á los cielos
como en las horas de calma!
Parecen llorar las hojas,
temblando en las verdes ramas;
gimen los troncos robustos,
sedienta la tierra, abrasa;
el aire es fuego, y el fuego,
de la nube en las entrañas,
engendra el rayo, y el rayo
con ronco fragor estalla.

Oyese un eco vibrante,
una voz dulce, lejana;
y no es el ruido que forma
pasando, en el bosque, el aura;
ni el estrépito del río
despeñándose en cascadas,
ó cuando lleva entre prados
sus frescas ondas de plata.
¿De quién esa voz ser puede,
que no es voz de las montañas?
¿Es de una madre que llora?
¿Es de una virgen que canta?
No, que esa voz vespertina,
es la voz de la campana,
la campana de la ermita,
de la ermita solitaria.

II.

En coro elevan los fieles
sus fervorosas plegarias;
y sus rezos vespertinos
que repite la campana,
suben al cielo, de un ángel
en las invisibles alas.
La nube negra ha pasado,
y cual iris de bonanza,
un rayo se acerca trémulo
del sol, que triste se apaga,
á vestir de oro y de púrpura
la campana solitaria.

¡Oh campana de la ermita,
la que cada tarde canta,
la que cada tarde entona
tiernos himnos de alabanza!
Escucha, pues, mis suspiros,
escucha, pues, mis plegarias;
y en el pliegue de una nube
recoge todas mis lágrimas,
y ofrécelas por tributo
á la Virgen soberana,
siempre misericordiosa
á la voz de la campana,
que siempre al nacer el día
y cuando el día se acaba,
¡Ave-Maria! le dice,
¡Ave-Maria! le canta.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DSHELLALEDIN.

CUENTO RUSO.

(CONTINUACION.)

Diez minutos despues, galopaba Dschellaledin de nuevo por el camino del valle.

Cuando llegó al término de su viaje principiaba á despuntar el alba, la alondra cantaba, y Ludmilla, que no temia á esta hora encontrarse al jóven, acababa de bajar al jardín. A la estremidad de una alameda, bajo un bosquecillo de jazmines y de ramas de vid, estaba arrodillada rezando con toda la inocencia de su alma. Rezaba pensando en su madre, y en aquel de quien le separaba una muralla insuperable. Dschellaledin la vió y se paró á alguna distancia, no atreviéndose á acercarse. Por fin entró en el jardín; la jóven lanzó un grito y se dispuso á alejarse.

—No huyais de mí, en nombre del cielo, le dijo el principe; Dios mismo ha tenido compasion de mí; Dios me otorga este momento.

Al pronunciar estas palabras, temblaba, y las lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas. Ludmilla, enternecida por tanto sufrimiento, se sentó en un banco. El jóven estaba ante ella, mudo é inmóvil; pero en estos casos, la mujer mas inesperta halla palabras á propósito.

Ella fue quien principió la conversacion.

—Aun no os he dado las gracias, le dijo, por vuestra condescendencia. . . hace un mes... ¿no os acordais?...

—Sí, me acuerdo. ¿Qué no hubiera yo hecho entonces por vos? ¿Qué no haria ahora y siempre? Desde que os ví por primera vez, no tengo voluntad, ni razon, ni juicio. No tengo mas que un deseo, veros á cada momento. Mi odio contra los rusos, mi sed de venganza,

todos los sentimientos que mis padres me habian inculcado, todo ha desaparecido ante vuestras miradas. Esas miradas me abrazan... ellas me perderán. Ya lo sé, teneis horror al musulman. Pues bien, rompéd el encanto con que me habeis rodeado, libradme del dolor que me devora. ¡Oh! Ludmilla, para mí no hay mujeres hermosas en este mundo, ni hurís en el cielo: no hay mas que vos, no hay mas que vos.

Al pronunciar estas palabras, se arrojó á sus pies y besó con ardor el borde de su vestido.

—Levantaos, príncipe, tranquilizaos y escuchadme, dijo la jóven recogiendo todas sus fuerzas. Yo no os tengo horror, no os desprecio á causa de vuestra religion y de vuestro origen. Hay, sin embargo, en todo eso una muralla que ningun amor puede derribar. Renunciad, pues, á vuestro amor, no volvais á verme; id á Turquía ó á otro pais extranjero; me olvidareis, y entonces encontrareis en este mundo mas de una mujer hermosa...

—Mas fácil te seria hacer que reverdeciera una encina abrasada por un rayo, que el darme una alegría fuera de tí. Si correspondieras solamente á mi inmenso amor con el mas leve afecto, romperias como si fueran telas de araña esas murallas de que hablas. Para mí, no hay ningun obstáculo en el camino que conduce hasta tí; para encontrarte, puedo lanzarme hasta el cielo y bajar hasta el fondo del abismo. ¿Qué importa mi origen? Yo olvido en tí la mujer rusa, olvida en mí al tártaro. Pero si no me amas, dímelo. Mas vale destruirme de un golpe que derramar cada día una gota de veneno en mis venas. No me amas, nunca me amarás. No soy para tí mas que un insensato, un tártaro vil. Pues bien, habla, prosiguió llevando la mano á su puñal, habla, aun me queda un medio de salvacion.

—¡Ah! Dios mio, murmuró la jóven, por qué prueba me haces pasar. Tened piedad, príncipe, no me atormentéis de ese modo. Ved cuánto he sufrido lejos de vos; mil veces he tenido intencion de romper el voto que habia hecho en un momento de arrepentimiento... Sí, Dschellaledin, os amo, y os ruego que me dejéis, que huyais de mí.

—Ludmilla, exclamó el tártaro arrebatado, me amas... me lo has dicho.

—No os alegréis, príncipe, dijo la jóven. Os amo, es verdad; pero os lo repito, es preciso que os alejéis: la Providencia nos ha señalado dos caminos diferentes: es menester seguirlos.

—¿Qué quereis decir?

—Cristiana, no puedo ser la mujer de un musulman; rusa, no puedo casarme con un hombre que odia á Rusia.

—¡Ah! ¿puedes tú cerrarme tan cruelmente el paraiso que acabas de abrirme? Me dices que me amas: ¿no ha unido esta palabra tu suerte á la mia? La espada de Asrail puede sola separarnos.

—Mi suerte no puede unirse sino á la de un cristiano, prosiguió Ludmilla con firmeza. Y luego añadió en voz baja, como si temiera que la oyeran: Dschellaledin no puede ser cristiano.

—¡Cristiano! murmuró el príncipe; ¿qué exiges de mí? ¡Traidor y renegado! ¿Sabes el horror que encierran estas palabras? ¿Crees que mi patria no es para mí tan querida, ni mi creencia tan sagrada como para tí la tuya? ¿No sabes que una cruz sobre el pecho de un tártaro se atraeria cien puñales; que hasta la mano de mi padre no titubearia en arrancarme del pecho el corazon que le habia vendido?

—Perdonad, príncipe: ha sido un pensamiento loco. Separémosnos.

—No, no, espera. No tengo fuerzas para dejarte. Un momento sin verte es mas cruel que la muerte. Espera, dame tiempo de calmarme.

Se cogió la cabeza entre las manos y anduvo precipitadamente por el jardin. Su rostro indicaba la lucha terrible de su alma. Al fin se detuvo ante la jóven, y le dijo:

—La condicion que me impones es horrenda, y el amor que te tengo no conoce limites. Por tí, abandonaré á mis padres, á mi pais, entregaré mi nombre á la calumnia; pero no puedo sacrificar mi conciencia; ven conmigo, nos marcharemos á Rusia; con el tiempo conseguireis el perdon y la bendicion de tu padre. El mio no me perdonará nunca; nunca volveré á mi patria. Por tí me haré ruso; no ofenderé tu religion y te ocultaré

COSAS DE MADRID.



—¿Quién son esos dos, mamá?
—Son dos osos, hija mia.
—¿Y cómo los dejan andar sueltos?

las ceremonias de la mia. Pero no me pidas mas, no me impongas el bautismo.

—¿Y no me echará en cara mi conciencia esta alianza con un mahometano? ¿Por qué envenenar la vida de mi padre? ¿Por qué huir de él, cuando sé que nos dará su bendicion si renunciáis á vuestra religion? En ambos casos os esponéis al desprecio de vuestro pueblo y de vuestros padres.

—Ya sé que en Europa se dejan guiar por el temor del juicio de los hombres. Yo no conozco semejante modo de obrar. Mi juicio está en mi alma; tan solo un reproche de mi conciencia es mas grave para mí que la vituperacion de toda mi tribu. Piénsalo bien, Ludmilla, ¿podrias fiarte en el honor de un hombre que fuera infiel á su creencia, á todo lo que tiene costumbre de amar y de respetar? ¿Qué te importa mi religion? Puesto que tú eres mi idolo, puesto que tu voluntad es mi ley, iremos á establernos en cualquier asilo secreto. Allí, protegida por mi amor, florecerás como una rosa en los jardines de Stambul. Nunca mortal habrá conocido semejante felicidad. Dime ¿quieres que hagamos esto?...

Ludmilla se levantó y dió un paso hácia la puerta. Las lágrimas la ahogaban y dijo con precipitacion, como si temiera que sus fuerzas la abandonaran: «Admiro vuestra generosidad; os lo repito, os amo, os amo con toda mi alma; pero no nos volveremos á ver sino al pie de un altar cristiano.

Al pronunciar estas palabras, desapareció. El príncipe quiso seguirla; mas en aquel momento entró el coronel en el jardin, y su hija trastornada, se precipitó en sus brazos.

—¡Me ha engañado! exclamó Dschellaledin, oh maldito giar! ¡Maldita sea la hora en que oí su voz! Huyó precipitadamente, destrozando con las espuelas los ijares de su caballo, cuyos pies tocaban apenas al suelo. Por la noche se paseaba el coronel en el salon, teniendo ganas de hablar, pronunciando algunas palabras ininteligibles, y callándose despues.

—¿Qué tienes? le preguntó su mujer: parece que estás enfermo.

—No, me encuentro bien; pero quisiera hablar y no puedo.

—¿De qué se trata, pues?

—¿Te acuerdas de la conversacion que hemos tenido ayer acerca del príncipe?

—¿Y qué? Ya sabe él que no puede casarse con una cristiana, mientras lleve el turbante.

—Hé aquí cómo está el negocio.

El coronel contó á su mujer todo lo que Ludmilla le habia dicho.

—¡Ah! contestó Anissia meneando la cabeza; esto va de veras. Es menester apretar sus cadenas y obligarle á cambiar de religion. Un hombre como ese no se encuentra tan fácilmente.

—En verdad que me gusta mucho, mas si no quiere convertirse, no hay que pensar mas en este asunto.

—Al fin cederá: con el amor no se juega.

—Pero si el padre irritado le deshereda...

—No tengas miedo, es hijo único: por otra parte, en siendo de los nuestros, tomará el gobierno ruso su partido. Su padre es viejo; á su muerte todo se puede arreglar. Pero ¿dónde está Ludmilla? Parece como que huye de mí; ¿no soy yo su madre?

Burlando las esperanzas de la familia, no vino el príncipe, y por fin se supo que habia marchado á ver á uno de sus parientes. Ludmilla cayó enferma. El médico que la visitó se valió de todos los medios para esplicar su calentura y prescribió diferentes remedios. A pesar de sus consejos, se empeoraba la enferma de dia en dia. Otro médico fue llamado, que no tuvo mas acierto. Aun no habia abandonado el lecho, cuando entró Dschellaledin una mañana, pálido, desencajado y cubierto de polvo, en el salon del coronel.

—¡Nicolás Laurentiewitsch! exclamó el príncipe con estrema emocion pongo en vuestras manos mi suerte, mi honor, mi alma; disponed de ella como querais, pero dejad que la vea, que la vea un momento. He sabido que está enferma, y quisiera acabar mi vida á sus pies.

El coronel le estrechó la mano con afecto.

—Calmaos, le contestó, el peligro ha pasado, mas aun no podeis verla. Está aun tan débil que la mas leve excitacion la pondria á las puertas de la muerte. Me parece que llegais de viaje, que estais cansado; descansad lo primero y luego hablaremos.

—No necesito descanso, quiero verla. Sin duda sabéis ya todo, y tambien sabéis cuán difícil me ha sido renunciar á mis deberes de musulman, á mis deberes de hijo; pero el amor me ha vencido. Estoy pronto á romper todos mis lazos, con tal que me deis á vuestra hija. Pero en nombre del cielo, no me ultrajéis, no me llameis renegado.

—No, no, noble jóven, vuestra resolucion no merece mas que elogios; en pasando algunos años, gran número de vuestros compatriotas seguirán vuestro ejemplo. Rusia os recibirá con los brazos abiertos; cuando la conozcáis bien vereis que cuanto acerca de ella y de su gobierno se dice, no son mas que fábulas inventadas por el odio y el fanatismo. Ludmilla será vuestra, pero esperad; el partido que vais á tomar es grave. Estudiad antes nuestros principios, vuestras costumbres; comparadlos con los vuestros; sondead vuestro corazon, no os dejéis arrastrar por la pasion y obedeced á vuestro juicio. Los años calman el ardor de la juventud, la pasion se apaga. Considerad que nuestras leyes prohiben la poligamia, los placeres del harem asiático; pensad seriamente en lo que vais á hacer; la felicidad de mi hija no tiene para mí precio, y si vos me confiais la vuestra, tendré que dar cuenta de ella á Dios.

—Si conservara yo algun rencor contra Rusia, bastarian vuestras nobles palabras á destruirlo. Mas no, no tendré que arrepentirme; no he cedido al primer impulso de mis sentimientos. La razon ha luchado bastante dentro de mí contra el amor, y el amor ha vencido.

—¿Tiene vuestro padre conocimiento de vuestros proyectos? ¿No se opondrá á ellos? Nada me ocultéis.

—Nada sabe mi padre y nada debe saber. Su odio contra Rusia es implacable, su rencor invencible. Debo tambien confesaros que no puedo bautizarme aquí. No puedo permanecer largo tiempo en Crimea, pues aquí no estoy seguro.

—Marchaos á Rusia, á Petersburgo; os daré cartas de recomendacion para mis amigos. Por todas partes os recibirán bien, y mientras tanto, haremos lo posible por calmar á vuestro padre. Os aconsejo que entreis por algun tiempo en el servicio ruso. De este modo inspirareis mas confianza.

(Se continuará.)

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS,
IMPRESA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.